

Y así, pues..... sois, no importa qué:

Un obrero decoroso,

Un magnate sin decoro.....

Cualquiera cosa. Lo que os ocurra primero; suponer;

Pero en fin, sois *algo*.

Uno de esos *algos* que quieren efectivamente serlo, y que se constituyen en un martillo social que golpea por todas partes, para hacer saltar en chispas de oro esa veta inagotable que el mundo llama «utilidad,» «posicion,» *proporciones, &c.*

Un mazo que cae sin cesar sobre los hombres y sobre las cosas, sobre las ideas y sobre los sentimientos, y que de todo saca la *chispa mágica*, la divina sustancia, los átomos de la sublime piedra filosofal.

Suponed, en fin, que sois como todos; esto es, un hombre que trabaja y *adquiere*.....

Viene en seguida *ella*.

*Ella* es la flor que os cambia perfumes por rocío, placeres por afanes, ensueños por trabajos.

*Ella*, rosa entreabierta que vivirá con las gotas de oro del sudor de vuestra frente.

Evaporacion instantánea de las más complicadas operaciones de vuestra alquimia.

Colocais las llaves de oro de la comodidad, del decoro ó del porvenir entre el matizado y fragante ramillete de las flores nupciales.

Las envolveis juntas con un corazón y un saco de escudos, en los crespones un tanto ajados de la luna de miel.

Vuestra compañera se hace el administrador de vuestras felicidades.

Descuidad del nido: allí está *ella*!

Vuestra mision queda reducida á cavar, cavar incesantemente en la mina.

¿Os fatigais? Volved un tanto la cabeza. Sobre vuestro hombro se reclina aquella carita apacible, aquellos lindos ojos os ven y os dicen algo.

La frente tan pura, tan serena, se ruga un tanto porque *ella* os ayuda á pensar.

Aquella boca de donde se escapan sin cesar mil sonrisas que os caen al corazón, aquel nido purpúreo de besos, parece que sin cesar os dice:—¡Adelante!.....

Y de aquella boca, y de aquellos ojos, y de ese todo, en fin, seductor, nube de crespones y ébano, lirios, amor, placer, caricia y ternura, brota para vuestros brazos una musculacion de acero, para vuestro espíritu una energía indómita.....

*Ella* os hace fuertes: *ella* os hace hombres. *Ella* os hace Vedla, de regreso á vuestro hogar:

Todo es caricias..... ternura..... sus lindos ojos flamean de placer al veros: su cara se enrojece bajo los relámpagos de una santa ternura: su expresion revela la sublime voluptuosidad del cumplimiento del deber.

Empieza á cumplir su mision de cada dia, abrazándoos.

Vuestro dia es un prado de césped y violetas.

Os paseais por vuestra vida como por un jardin.

Sois el infatigable cultivador de una rosa.

A la hora de la mesa, vuestro cuerpo consume simplemente «platillos.»

Vuestra alma se nutre de miradas y de sonrisas.

Viene «el caer de la tarde.»

¡Oh! Al caer de la tarde, hasta la naturaleza se arranca el «traje de trabajar» y prepara sus húmedos céfiros, sus embriagadores perfumes, se viste con un traje de crespones transparentes, y se *impregna* de casta y deliciosa voluptuosidad para el misterio del placer, ó para el placer del misterio.....

El caer de la tarde, es el caer lleno de languidez y de dulzura de una reciente esposa. . . . .  
Vuelan por los espacios blancos velos, festones de azahar, rosas, oro, blondas . . . . . aromas.

La creacion se trueca en un vasto retrete conyugal, con sus céfiro como suspiros, con sus misterios como castidad, con sus rumores indefinibles como besos.

El mundo á esas horas es un tálamo.

No sé qué caricia, no sé qué beso prolongado y delicioso se regalan el cielo y la tierra á la hora del crepúsculo.

Las estrellas húmedas, ardientes, ígneas, lanzan sobre las flores de la creacion miradas fijas.

Y las flores, temblando de pudor, lánguidas bajo las caricias de las auras de la noche ó bajo la luz de las ardientes miradas del cielo, cierran su corola perfumada, se replegan en su cáliz de púrpura.

¡Oh! de noche se consuman las nupcias, se perfeccionan los amores de la creacion.

No sé qué ángel ruborizado baja á encender la luna y á derramar por todas partes la muelle y apacible luz de la antorcha del himeneo universal.

No sé qué misteriosos cortinajes se despliegan en los horizontes para envolver en sombras, secreto y sopor, el lecho en que la esposa naturaleza cumple sin cesar con su mision alta, augusta, sublime . . . . .

El pío enamorado del ave, el misterioso rumor del sabino que se despereza sacudiendo sus hojas secas á millares, el tímido y monótono rumor de la fuente, lento, reservado y tranquilo como una confidencia del corazon; . . . . .  
¡Todo! todo el epitalamio de las grandes nupcias, de los amores universales del matrimonio de la creacion que se une . . . . . que «crece» que «se multiplica» . . . . .

¡Solo el hombre ha hecho degenerar el amor en amorío!

¡El hombre solo ha sido capaz de atar las immaculadas flores de la ternura con el lazo de oro del negocio!

¡Estaba reservada á la raza de la obra maestra del Criador hallar la fruicion de sus amores en el fango y la profanacion de un tálamo comprado con el oro ó con el capricho! . . . . .

¡Por qué no debemos á Job el Cantar de los Cantares?

¡Singularidad inexplicable, pero que puede formar la base de un terrible argumento de los que enlazan el oro con la idea! . . . . .

¡Salomon era un millonario! Edificó un templo de oro, fué el Rostchildt de su tiempo . . . . .

Y Salomon fué el poeta á quien debemos el Cantar de los Cantares! . . . . .

## LIV.

Tales fueron los pensamientos de Antonio una noche en la que quedó solo, un poco de mas tiempo de lo regular, en la salita de Piedad.

El piano estaba abierto, y la bomba de cristal apagado presentaba el aspecto de una especie de luna, un raro planeta puesto allí para desaparecer en los ámbitos su luz tenue y misteriosa.

Sobre la mesa—estorbo y colocado en una copa con agua, se marchitaba de calor un pequeño ramillete de trinitarias.

Parecia que aquel pobre «bouquet» representaba los pensamientos del jóven, tostándose aprisionados en su recinto de cristal, entre un poco de agua y al lado de aquella especie de astro apacible, pero intenso.

Preocupado Antonio con sus ideas tristes, filosóficas y amorosas, no sintió correr el tiempo, ni se apercibió de que hacia

muchos minutos que estaba allí, sin que ninguna persona saliera á la sala.

Llegaba ya, en su febril y filosófico entusiasmo, al final que antes hemos escrito, cuando percibió que alguno se acercaba.

Era el andar apresurado y rumoroso de una mujer.

Los pasos acelerados y voluptuosos de la muchacha que se acercaba, haciendo crujir su traje *moirée*, derramando gracia, simpatía, atractivo.....

Impregnando la atmósfera por donde pasaba, de crujidos, de perfumes y de brisas.

A los pocos instantes la vidriera de una de las recámaras se abrió, dando estrecho paso á aquella muchacha.

Apareció la falda del vestido recogíendose y replegándose hácia adentro.

Eran vanos los esfuerzos de Piedad por penetrar en la sala llevando su elegante traje de un modo natural y sin que se le recogiera.

Antonio vió, ó por mejor decir, entrevió, medio perdido bajo los amplios y difusos pliegues de aquella falda, y medio oculto en una abundante nube de lienzos bordados y tejidos con esa coquetería tan minuciosa que emplean las señoras hasta para los adornos de sus ropas interiores; Antonio, decimos, vió apenas un objeto movable, color de ópalo, que se pretendía hacer desaparecer bajo las ropas.

Casi saltó de su asiento.

Instantáneamente le vino el recuerdo del día en que conoció á Piedad «de abajo á arriba,» podemos decir, y el de aquella noche pasada en vela, viendo á oscuras una cosa muy parecida á la que acababa de aparecer á sus ojos, perdiéndose tan pronto.

Piedad llegaba de la calle, y Antonio pudo notar que la jóven no estaba como siempre.

Le pareció hallarla un poco preocupada, ligeramente triste... acaso un poco pensativa.

Después de saludarse, quedaron ambos en silencio durante un breve rato.

—Y ¿á vd.? ¿cómo le ha ido?..... preguntó ella por decir algo, y usando de tales palabras, que nada son después de un saludo sino una continuación del mismo.

Se dicen, por lo regular, cuando no hay otro medio de emprender la conversacion, ó porque falta asunto, ó porque no se quiere ó no se puede hablar de algo particular.

Antonio dió, pues, á la jóven la única contestacion que podia dar á la pregunta de la jóven, esto es, un

—¡Perfectamente!.....y ¿á vd?.....

—Nosotras *hemos tenido carta*—dijo Piedad del modo mas sencillo y natural del mundo.

—Y ¿está bueno el señor?

No debia dudar Antonio de que se trataba de D. Martin.

—Muy bien..... dentro de pocos dias le tendrá vd. por acá.

El alma de nuestro enamorado se pobló de niebla, y su semblante se cubrió de sombras.

Hay momentos en que sentimos que la felicidad, ese precario sol de nuestra vida, se hunde repentinamente en no sé qué regiones de la fatalidad, entoldándose á nuestra vista bajo un denso y compacto nublado.

Signieron otros minutos de un silencio sepulcral.

—¿A vd. le gusta *salir fuera de México?*—dijo ella, que comprendió la necesidad de animar en lo posible la conversacion.

—No tiene vd. *idea*: deliro por el campo!

—Nosotras tambien..... pero hemos salido muy pocas veces, y solo hemos ido muy cerca.

—Y ahora..... piensan vdes.....

—Sí, señor..... nos vamos de México; pero un poco mas tarde..... cuando venga.....

Piedad, con estas pocas palabras, acababa de consumir la obra de la exasperacion de su amante.

—Y ¿muy lejos?—dijo él.

—No sabemos con exactitud. Probablemente á.....

Y Piedad pronunció el nombre de una de nuestras *provincias*, cuya capital dista de México veintiocho ó treinta leguas.

—A radicarse; ¿eh?.....

—Por ahora sí; quién sabe mas tarde.

—¿Y vd. irá á visitarnos alguna vez *allá*?

—¡Oh! sin duda: tendré mucho placer.

—Y *nosotras* mucho gusto.....

Se preparaba otro nuevo intervalo de silencio, y era esto un inconveniente sin duda alguna.

Así lo pensó Antonio.

Se sintió acometido de un *spleen* feroz. Corria por sus venas un humor denso.

Su frente se cubrió de negros pensamientos.

Aquella conversacion, por decirlo así, intermitente, le obró directamente sobre la bilis.

Tenia la boca amarga y el corazon lleno de pesadumbre.

Arrojó seguidos tres ó cuatro suspiros desgarradores, hondos.....

—Está vd. de arrancar, Antonio, y me va á poner á mí lo mismo—le dijo Piedad, volviéndose á él con un aire entre bondadoso y compasivo.

—No me haga vd. caso, Piedad—dijo Antonio.—Tengo aquí multitud de cosas que me preocupan «mas de lo necesario»—añadió, tocándose la frente con un dedo..... Ya estoy contento..... esto pasa..... En fin..... ya estoy alegre.....

¿No canta vd. ahora algo?.....

Es, por otra parte, un atentado á la dignidad humana.

Se ve de noche una flama que vuela por el vacío.

Cae en una montaña, en una pradera, en una llanura, se apaga, y todo el mundo corre á ver lo que es:

¡Metal!.....

«Niquel, cobalto, fierro, &c.»

¡Oro, no!

Instintivamente alzan todos la vista.

Parece que aquel astro que brilla tan puro en el cielo entre una auréola de matices y trémulos y apacibles cambiantes, parece, decimos, que ese astro nos ha querido mandar una de las chispas de su espléndida corona de brillantes y oro.....

¡Oh! No os alucineis. El astro salió á ver al mundo y á darle por su juego, y despues le arrojó una saliva con desprecio.

A las inmensas alturas suceden las tremendas catástrofes.

Una orgullosa elevacion produce necesariamente el desquiciamiento y desplome de la torre de Babel.

Los ícaros de la imaginacion se abisman siempre con las alas rotas, y las aves mas atrevidas y que mas se remontan en la extension azul y oro del pensamiento y del proyecto, caen hasta el mundo real, medio abrasadas por el fuego del cielo.

Los espacios deben estar poblados de invisibles y silenciosos moradores.

No sé qué misteriosa elocuencia hay en el suspiro del céfiro, como en el gemido del noto.

Cuando en una noche oscura el viento aulla por todas partes, azotando los muros de la ciudad y haciendo crujir á los árboles del campo, la imaginacion medrosa puebla los ámbitos de dragones diáfanos, de transparentes monstruos, invisibles, pero formidables, que descenden airados á hacer restallar el látigo de sus colas y á hacer escuchar de cerca los bramidos de su ira.

Estos *mythos* del pavor, estos *Eoli* poderosos, viento invadidos sus dominios por la audacia aventurera del aeronauta francés, soplaron con todas sus fuerzas sobre aquella especie de cabeza de gigante y sobre aquella navecilla que surcaba tranquilamente las ondas incoloras del vacío, y el *Gigante* y su nave zozobraron.

Se derrumbó aquella «torre de Babel» del grande invento.

Subió Nadar en busca de la dirección de su globo, y bajó el viento á dar dirección al globo y á Nadar.

El viajero cayó abismado en Alemania, próximo á un bosque.

El problema quedó escrito muy alto con estrellas y con nubes. ....

## LVIII.

Antonio había ascendido hasta las mas bellas estancias del placer. Se había remontado hasta las mas altas, ocultas é inabordable mansiones de la ilusión.

Su imaginación se vió en aquella noche sujeta al impulso de una *potencia* ascensional, maravillosa.

Cual otro apóstol Pablo, llegó hasta el sétimo cielo.

Sus esperanzas le lanzaron hasta el éxtasis, en lugar de hacerle descender hasta el *negocio*.

Subió tanto, que perdió de vista á Piedad.

Dió el *salto mortal* del matrimonio al apoteosis, y cayó de cerebro.

Del objeto de simples deseos, forjó la diosa de un culto loco y extravagante.

Hizo la absurda transición del pan á la rosa y de la rosa al lucero.

Tenia que caer necesariamente. No se emprenden con impunidad semejantes vuelos.

Tenia que descender, y descendió precipitado, abismado, lleno de humillación y de rabia, como los ángeles caídos. Era hombre, nada mas hombre, no tenía alas; pero al caer, esto es, al *volver en sí*, sintió que se le habían caído las alas del corazón...

Se necesita una organización de acero para que algo sobreviva á ciertos golpes.

El que se desploma desde las nubes, tiene que quedar hecho pedazos encima del mundo.

Lo contrario es casi un milagro, esto es, una derogación de las leyes naturales.

Antonio pudo, por desgracia suya, operar ese milagro en sí mismo.

Esto es, *sobrevivió*.

Pero *sobrevivió* de un modo, por expresarnos así, fenomenal.

Tuvo, en esa virtud, otros momentos que también fueron fenomenales.

*Amó sin esperanza*.

*Amar sin esperanza* es una especie de oda que solo comprenden los poetas, es decir, nadie.

Es una de esas teorías color de rosa, que solo caben en verso.

Un absurdo que *pasa* entre los hombres; porque en fin, todo tiene que *pasar* en esta vida.

Un embrollo tan difícil de emprenderse, como esta otra *charada*, *jerigonza*, *palabrería*, ó lo que se quiera:

*Vivir sin dinero*.

O esta:

«Constituirse sin constitución, &c.»

Y después de tales momentos y sus consiguientes reflexiones, incurrió en el heroísmo peor de los heroísmos:

En el del ridículo.

—*Ello ha de ser*— se dijo; —*pero á la verdad que no sé cómo será ello!*

Antonio, pues, empezaba á lanzarse hasta en la detencion de las leyes de la dignidad.

La subordinacion de todo á un solo objeto, llega á ser en tal sentido criminal.

Aquel mártir buscó aquella noche todos los datos de un futuro *establecimiento*, y no encontró ninguno.—Se exasperó...

Echó, por decirlo así, su alma «por la calle de en medio,» prostituyó su espíritu, abdicó, del modo mas resuelto y sórdido, de sus pocas virtudes.

No tomó una pistola para disparársela sobre la frente;

Era para eso demasiado grande, ó tal vez demasiado pequeño.

Se suicidó, pues, de otra manera.

Hizo saltar de un golpe y con una resolucion, sus mas nobles facultades, sus mas puras intenciones respecto de aquel amor y de aquella muchacha.

Instintivamente habia llevado su mano al bolsillo del chaleco.

Allí habia cinco ó seis duros.

Al tomarlos entre sus dedos pulgar é índice, soltó una carcajada solemne, sonora, magnífica.

Una de esas carcajadas que suelen llamarse «homéricas.»

Despues arrojó aquel *pico* sobre la mesa, y dando en ella un puñetazo, gritó:

—¡Oh! señorita, *nos casaremos*, «os» lo ofrezco, *¡nos casaremos!*.....

Y se sentó á escribir su *instanciá*.

Aquella resolucion equivalia sin duda á esta otra:

«Dejaré á un lado la dignidad, la vergüenza y el decoro, y seré como son todos los hombres para todas las mujeres.»

«Por satisfacer una exigencia de mi corazon, sacrificaré un objeto.»

«Haré caber todo un mundo de felicidad dentro de una cáscara de nuez.»

*La condenaré á una perpetua luna de «pan y cebolla.»* Si la suerte es pródiga conmigo, nos amaremos con comodidad y descanso; pero si no lo es y llega á *faltarla* el descanso y la comodidad, veremos cómo se hace para hacer una sustitucion simplemente con amor.

Con amores cubriremos los *huecos* que haya en los platillos de nuestra *pobre mesa*, y seremos de las personas que se resignan á ir conquistándolo todo *poco á poco* y en virtud de *afanes, sudores, economía, &c.*

No *la «llevaré á mi lado»* á disfrutar los placeres de una buena posicion, sino que *ella* vendrá acompañándome á conquistarla.

Seré de esos hombres que *hacen la lucha*.

Aparato destilador de gotas de plata, sin que se sepa quién lo llena.

Un bicho que *se busca la vida* «por aquí y por allí.»

¡Oh Dios mio!.....

Y ¡si llegase el momento en que viésemos penetrar por la puerta de nuestro nido la faz espantosa y la garra amarilla de la miseria?.....—¡Pobre muchacha!

Tendria entonces que decirle:

«No hay pan: ¡quién piensa en *eso!*—Pero hay amor, mucho amor.»

Lo cual seria una mentira solemne.

Nadie ha pretendido ni aun disentir esto:

«Cuando no hay pan, no hay nada.»

Este es un descubrimiento que se ha hecho desde que existen la verdad, la naturaleza de las cosas, todo.

Las muchachas tienen que ser indulgentes ante esta palabra:

*Veremos.*